

PABLO VI: FIDELIDAD Y CONFLICTO

El espíritu intuitivo y bondadoso de Juan XXIII abrió la Iglesia para que la humanidad entrara en ella. Y se convirtió en símbolo de los sentimientos más elevados del hombre. Con su amplia cordialidad abrazó a todos sin condenar a nadie. La sorpresa y novedad de esta actitud, para muchos totalmente inesperada en una Iglesia que venía condenando todo nuevo hallazgo de la humanidad, favoreció a Juan XXIII con la gratitud de todos, menos de los guardianes de la inmovilidad en la Iglesia.

En muchos aspectos esto suponía un diálogo, una interacción y una vida común entre hombres afe-rrados a diversos mundos separados con varios siglos de distancia. Lanzar la vieja barca de remos a las aguas agitadas del mundo de hoy era una audaz imprudencia inspirada por el espíritu evangélico; pero no auguraba ni paz, ni concordia, ni seguridad para la Iglesia.

Al cardenal Montini correspondió ser el principal colaborador de Juan XXIII en el Concilio. Elegido Papa, Pablo VI con cerebro y corazón, con prudencia y cálculo condujo la vieja barca lejos de las costas de la seguridad y de las rutas consagradas por los siglos y la rutina. Bajo su guía la Iglesia ha logrado que los conflictos, las divergencias y las dudas de esa humanidad no despedazaran la unidad ni desfiguraran el perfil propio del "pueblo de Dios" definido por su fe en Jesucristo.

Matizar, advertir, urgir, frenar, contemporizar y dialogar son virtudes de poco brillo y hasta cierto punto desprestigiadas. Sin embargo fueron las cualidades que sobre todo las circunstancias de la segunda mitad de su pontificado exigieron de Pablo VI. Pablo VI, el tímido, el intelectual, el hamletiano, el Pablo VI de honda sensibilidad humana tuvo que vivir los desgarramientos de este camino cristiano escogido por él: sacar a la Iglesia de su ensimismamiento y ponerla a servir a la humanidad. La cruz, la angustia y la incomprensión fueron en parte el precio personal por llevar la luz del Evangelio al hombre de hoy perdido en la encrucijada de infinitos caminos.

EL CONCILIO CRITICADO Y DEFENDIDO

Terminado el Concilio tuvo que defenderlo de las acusaciones que desde dentro de la Iglesia y desde puestos de responsabilidad lo acusaban de haber olvidado su misión espiritual para adorar la mundanidad de la moda pasajera. Y lo que es más difícil, le correspondió ayudar a convertir en sangre y vida de los cristianos de todos los continentes ese cambio de 180 grados que significó la reflexión conciliar: cambiar la Iglesia para poder brindar mejor la fe de Jesús al hombre de hoy. La conversión de este espíritu en vida cristiana es tarea de varias décadas y apenas está comenzada. Los nostálgicos guardianes del tiempo pasado no serían los débiles, ignorantes y marginales en la vida eclesial, sino muchos de los "príncipes de la Iglesia" para quienes la magnificencia de las paredes vaticanas, las ilusorias seguridades del derecho canónico y la adoración de la liturgia estereotipada en espléndido rito y lenguaje misterioso, debían hacerse eternas y obligantes para siempre.

La súbita irrupción del espíritu conciliar reveló muchos "lefebvres" en la Iglesia.

Pablo VI tuvo que justificar frente a estas críticas la labor del Concilio en un memorable discurso en la clausura del mismo. En él destaca la siguiente actitud fundamental: "Tal vez nunca como en esta ocasión ha sentido la Iglesia la necesidad de conocer, de acercarse, de comprender, de penetrar, de servir, de evangelizar a la sociedad que la rodea y de seguirla; por decirlo así, de alcanzarla casi en su rápido y continuo cambio". Entrar en el mundo moderno sin conjugar los verbos, condenar, negar, imponer y dominar suponía una actitud tan novedosa que tenía que provocar fuertes resistencias internas: muy otra era la actitud hecha institución, norma y conducta práctica en los últimos siglos. La nueva actitud conciliar, al decir del Papa, está "determinada por las distancias y las rupturas ocurridas en los últimos siglos, en el siglo pasado y en éste particularmente entre la Iglesia y la civilización profana". Este cambio era tan fuerte que, según Pablo VI ha llegado "hasta el punto de sugerir a algunos la sospecha de que un tolerante y excesivo relativismo al mundo exterior, a la historia que pasa, a la moda actual, a las necesidades constringentes, al pensamiento ajeno, haya estado dominando a personas y actos del Sínodo ecuménico a costa de la fidelidad debida a la tradición y con daño de la orientación religiosa del mismo Concilio". El Papa lo defiende de esta acusación intraeclesial: "¿ha desviado acaso la mente de la Iglesia en Concilio hacia la dirección antropocéntrica de la cultura moderna? Desviado no, vuelto, sí". De esta manera reclama el pleno derecho y la necesidad de un enfoque antropocéntrico de la misión y servicio de la Iglesia. No es una desviación, es su misión central

su esencia constitutiva: "La religión católica y la vida humana reafirman así su alianza, su convergencia en una sola humana realidad; la religión católica es para la humanidad". Y con uno de los párrafos de más densidad teológica y de profundo contenido evangélico de la existencia cristiana corona el razonamiento en defensa de un Concilio apasionado por la comprensión y servicio de la humanidad; "¿No sería, en definitiva, un simple, nuevo y solemne enseñar a amar al hombre para amar a Dios? Amar al hombre —decimos—, no como instrumento, sino como primer término hacia el supremo término trascendente, principio y razón de todo amor"

Esto exigía, de una Iglesia en cierto sentido ensimismada, un inmenso esfuerzo de autocrítica, de conversión profunda y de negación de muchas murallas construidas laboriosamente y con las cuales nos habríamos encariñado hasta darles la categoría de eternas e inmutables.

PABLO VI AL ENCUENTRO DE LA HUMANIDAD

Y Pablo VI salió con su palabra, sus gestos y vida a anunciar al mundo esta verdad a urgir a la Iglesia esta transformación, en una década en la que la humanidad a su vez iba a protagonizar nuevos cambios históricos.

Fue el Papa que por primera vez visitó los cinco continentes, hizo oír su voz en los foros mundiales más elevados para llevar el mensaje de paz, se fundió en un abrazo que expresaba la voluntad de recorrer el largo camino de la unidad con los representantes de otras iglesias cristianas. Se abrió a la mutua comprensión con otras religiones y escuchó con atención las razones de los no creyentes. Acentuó las relaciones con los países llamados socialistas donde millones de cristianos y católicos llevan una vida, con frecuencia difícil, como fruto de incomprendiones históricas y rechazos a la religión convertidos en políticas de Estado.

A nuestro entender fue más adelante que ningún otro Papa moderno en su reflexión sobre la justicia social, la paz mundial y los derechos de los pueblos secularmente oprimidos y colonizados. Su encíclica "Populorum Progressio" de 1967 era lógico que fuera calificada de "marxismo recocado" por el órgano de Prensa de Wall Street. No se podía asumir impunemente la visión de la realidad mundial desde los pueblos oprimidos: "Los pueblos hambrientos interpelan hoy con acento dramático, a los pueblos opulentos". Tampoco iban a ser alabadas sus afirmaciones de que "un cierto capitalismo ha sido la causa de muchos sufrimientos, de injusticias y luchas fratricidas" y que los males que ha traído la industrialización "son debidos al nefasto sistema que los acompaña". Este es "un sistema que considera el lucro como motor esencial del progreso económico, la concurrencia, como ley suprema de la economía, la propiedad privada de los medios de producción como un derecho absoluto". Todo ello lleva a instaurar el "imperialismo internacional del dinero".

En otro documento "Octogésima Adveniens" (año 1971), con un nuevo estilo de apertura, urge a los cristianos a buscar formas de sociedad donde la igualdad y la participación tengan mayor acogida. De esta búsqueda no están excluidas las "corrientes socialistas" condenadas rotundamente en las décadas anteriores y por las cuales "hoy día los cristianos se sienten atraídos". Pero no cualquier socialismo es aceptable. Dejando de lado toda inmadurez e infantilismo, se deben examinar las realidades históricas concretas que se han atribuido ese nombre. Algunos de estos sistemas han implantado

realidades económicos-sociales con nuevas formas de dominación burocrática y de alienación del trabajo humano. Así mismo, no raras veces, han hecho de la creencia religiosa un estigma social que convierte en ciudadanos de segunda a quienes lo poseen. Pero Pablo VI en lugar de condenar la búsqueda de un socialismo humano, pide "discernimiento" para que las mejores cualidades que los cristianos atribuyen a ese sistema económico social no degeneren en las desviaciones señaladas.

TRANSFORMAR LA IGLESIA

No se trata sólo de asumir el mundo y sus problemas, hay que poner en marcha toda la Iglesia logrando la unidad. Tarea difícil la de lograr una dirección común del caminar de los nostálgicos de la Edad Media y los impacientes cargados de sensibilidad por todas las modalidades de existencia humana presente y futura.

Después de los primeros años de pontificado se hizo cada vez más presente la tensión en la Iglesia e incluso la rebeldía de quienes creían que todo iba despacio y de los convencidos de que había que echar marcha atrás antes de caer en el abismo. Esta tensión era el precio que pagaba la Iglesia por penetrar y por dejar que la invadieran los problemas de la humanidad hoy.

Hay que hacer un trabajo largo de muchas décadas para asimilar el Concilio, convertir su letra en espíritu y el espíritu en acción liberadora o iluminadora de la humanidad. ¡Pero qué doloroso es y va a ser por ejemplo el convertir a la Iglesia de los príncipes, reyes y estados de este mundo en la comunidad "esperanza de los pobres" y "voz de los sin voz"!

Por otra parte la Iglesia no es ni una alternativa política, ni la especialista en sistemas socioeconómicos. Lo suyo es la levadura de la fraternidad alentada por el espíritu de Dios que se nos comunicó en Jesús. Espiritualidad y fe capaces de construir la justicia, no sólo predicarla; y fe en Dios capaz de enfrentarse a los ídolos del poder, del dinero y de la falsa religiosidad que oprimen al hombre.

El tiempo dará una perspectiva mejor sobre los logros de este pontificado y también de las limitaciones. Cuando se enfoca el pontificado de Pablo VI en las circunstancias concretas que le tocó vivir y se valoran las leyes sociológicas que operan en una comunidad tan compleja y tan llena de contradicciones culturales como es la Iglesia, no se puede sino dar gracias a Dios por el Papa que dio la vida por la tarea más difícil que le haya tocado a Papa alguno en los últimos siglos: sacar a la Iglesia de su ensimismamiento y ponerla al servicio de la humanidad para contribuir desde el evangelio a su liberación de todo lo antihumano.

Consolidar este rumbo sería la tarea que la sociedad y la Iglesia reclaman de su sucesor. Por eso nos ha llenado de esperanza que Albino Luciani escogiera para su pontificado el nombre de Juan Pablo, que es ya una consigna. Desde estas páginas queremos renovar nuestra comunión con él en el esfuerzo, que nos legaron sus predecesores, de aprender y "enseñar a amar al hombre para amar a Dios".

Justo al cierre de este número sorprende al mundo la noticia de la muerte de Juan Pablo I. Su sonriente sencillez le había suscitado muchas simpatías. Nuevamente se abre un compás de espera.